

A tu voluntad conforme,  
corro á buscar á tu padre  
para que grato corone  
esta dicha, que en la esfera  
del sol radiante me pone.  
Vamos, pues... Mas si insensato  
se opusiese...

ZORA. *(Consternada.)* ¡Oh Dios!... ¿Entonces?...

LISARD. *(Resuelto.)*

Amándome tú, en el mundo  
no habrá quién mi dicha estorbe.  
*(Van á marchar y sale Liseo, viejo, con túnica negra, barba blanca, y apoyado en un báculo, y los detiene.)*

LISEO. Ten el paso, que á tu encuentro  
salgo para que la logres.

Padre amoroso de Zora  
seguíla á este sitio, donde  
he escuchado tus palabras,  
escondido entre esas flores.  
Y la llama conociendo  
que arde en vuestros corazones,  
y que en tí, feliz, encuentra  
mi adorada prenda el hombre  
más capaz por su cariño  
y más digno por sus dotes  
de asegurar su ventura,  
de merecer sus favores,  
por esposa te la otorgo  
ante Dios y ante los hombres.  
Y bendeciré este enlace,  
que hasta la muerte te impone  
el compromiso sagrado  
de ser su amparo, su norte,  
su firme amante, y su dicha;  
si á jurarme te dispones  
el cumplir eternamente  
tan santas obligaciones.

LISARD. *(Con decision.)* Yo lo juro por los cielos,  
anciano, y airados sobre  
mi frente su ira tremenda  
y su maldición desplomen,  
si quebranto el juramento  
que ahora de mis labios oyes.

LISEO. *(Abrazándolo.)*

Pues ahora ven á mis brazos  
para que ellos te coloquen  
en los de tu amante esposa,  
que tu tierno amor coronen.  
*(Entrega Zora á Lisardo y se abrazan estrechamente.)*

LISARD. *(Con agitada vehemencia.)*

Celeste luz de mi dichosa vida,  
astro de amor y de delicias lleno,  
ven, y descansa en mi agitado seno,  
que ardiente apenas puede respirar.

Ven, que al tenerte en mis convulsos bra-  
al alentar tu embalsamado aliento, (zos,  
una existencia tan divina siento  
por mis estrechas venas circular,

Que juzgo que en el cielo es imposible  
más venturoso ser. Ven, oh alma mía;  
miro en tu rostro un sempiterno día,  
en tus ojos un sol eterno arder.

Todo el confuso afán de mis delirios,  
todas las ilusiones de mi mente,  
hoy se realizan, al besar tu frente:  
desfallezco de gozo y de placer.

*(Cae sentado con Zora en el asiento rústico que estará en medio de la escena, y Liseo se coloca detrás extendiendo los brazos sobre ambos.)*

*El asiento se eleva del suelo y se convierte en un trono formado de flores, de mariposas, de palomas y de ibírtolas, y rodeado de cisnes, delfines y conchas, y sale por un lado y otro una tropa de salvajes y de silfidios que bailan en derredor, formando lazos con guirnaldas y bandas de colores, y ofreciendo á Lisardo y á Zora ramilletes y canastillos de flores. Concluida la danza se retiran y con ellos Liseo. Y desaparece todo, quedando el asiento rústico como estaba en el principio, y en él Lisardo y Zora como embelesados. Y tras de breve pausa se oirá debajo del tablado la*

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Lisardo, en el mundo hay más.  
El tiempo perdiendo estás.

¿Qué es belleza  
sin riqueza?...

Busca riqueza, riqueza tendrás.  
Lisardo, en el mundo hay más.

*(Lisardo se pone de repente inquieto y pensativo.)*

ZORA. ¿Qué, Lisardo, te suspende?...

Yo no sé qué advierto en tí.

¿No eres venturoso?... dí...

Algo tu anhelo pretende.

LISARD. ¡Ay Zora! sí. Aunque tu amor

es el aura que respiro,  
y aunque dichoso me miro  
de tu encanto poseedor,

A las dichas de mi pecho  
y á tu divina hermosura,  
esta soledad oscura  
me parece campo estrecho.

ZORA. *(Con ansiedad y ternura.)*

¿Aquí contento no estás?...

LISARD. *(Con vehemencia.)*

A tu lado, hermosa mía,  
toda mi alma es alegría.

*Suena bajo el tablado la*

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Pero hay en el mundo más.

ZORA. ¿No te encantan estas flores  
por las auras regaladas,  
que risueñas y esmaltadas  
dan balsámicos olores?

¿No esta pomposa techumbre  
de verdes hojas y ramos,  
bajo de la cual gozamos  
del sol, templada, la lumbre?

¿No de este prado las galas?

¿No el murmullo de estas fuentes?

¿No esas nubes trasparentes,  
que el viento lleva en sus alas?

¿No la quietud en que estás?

¿Esta calma?... ¿Esta alegría?

LISARD. *(Que habrá estado muy pensativo mientras ha hablado Zora, se vuelve á ella y la abraza con entusiasmo.)*

Sí, me encantan, Zora mía...

Pero hay en el mundo más.

*(Levantándose y creciendo su agitación.)*

Hay más. Sí. Lo anhelo todo  
para tí sólo, mi amor;  
pues fuera duro rigor  
vivir siempre de este modo.

Cubran cimbras esmaltadas,  
bronce y mármol tu beldad;  
no en oscura soledad  
las silvestres enramadas.

Dénte sus suaves olores,  
embalsamando el ambiente,  
quemadas gomas de Oriente,  
mejor que rústicas flores.

Los sonoros instrumentos  
den á tu descanso arrullo;  
no de un arroyo el murmullo,  
ni de una ave los acentos.

Ornen tu frente gentil  
oro, perlas y diamantes;  
que esas flores rozagantes,  
parecénme adorno vil.

El orbe admirado vea  
nuestro fuego sin segundo,  
templo magnífico el mundo  
de tu alta hermosura sea.

Pompa, riquezas deseo.

¿Qué es sin ellas la beldad?...

¡Abrazado en la ansiedad

de la opulencia me veo!

*(Cayendo en repentino abatimiento y pasándose sin hacer caso de Zora.)*

Mas ¿cómo lograrlo yo?...

¿Hay más grande desventura?

ZORA. *(Que lo ha escuchado al principio asombrada, y que le sigue despues inquieta.)*

¿Mi cariño, mi ternura

no te bastan?...

LISARD. *(Con despego.)* Zora, no.

*(Volviendo en sí y abrazándola.)*

Con toda el alma te adoro;

pero hay en el mundo más.

ZORA. *(Afligida.)*

¿Te importuna ya quizás?...

LISARD. *(Fuera de sí.)*

Ansío la pompa y el oro.

El brillo de las riquezas

es quien da brillo á los nombres...

*(Creciendo su inquietud.)*

¿Cómo consiguen los hombres  
los tesoros y grandezas?

Si no los logran mis brazos,

ni los alcanza mi aliento,

el frenesí que en mí siento

me hará el corazón pedazos.

ZORA. *(Poniéndosele delante muy afligida.)*

¿Lisardo!...

LISARD. *(Recibiéndola en sus brazos.)*

Ven, Zora mía,

ven, que te idolatro, sí.

Pero vivir siempre aquí,

vivir en cárcel sería.

Si no logro mis anhelos,

y si es en la soledad

oscura felicidad

la que me otorgan los cielos;

Como te tenga á mi lado,

no me importará volver

al peñasco donde ayer

era tan desventurado.

O al fin burlando el rigor

de tan oscuro existir,

entre tus brazos morir...

¡esto fuera lo mejor!

*(Se reclina abatido en el hombro de Zora.)*

*Se abren y apartan los árboles del fondo y dejan ver á lo lejos un magnífico palacio, se oyen un cuerno de casa, caracoles y ladridos. Se reanima Lisardo mirando sorprendido á todas partes, y salen Clorinardo y Fineo, ricamente vestidos de cazadores, y con ellos cuatro caballeros lo mismo, y una tropa de monteros y villanos, unos con perros de caza, otros con azores.*

CLORIN. Ya en el zenit sentado,

la viva lumbre de su eterna llama

por los campos derrama

con tanta furia el sol, que bosque y prado

mustias miran sus ramas y sus flores.

Y ahogados de calor los cazadores,

y de sed abatidos los lebreles,

no encuentran ya más fieras

que herir gallardos, ó acosar crueles,

por estos campos, montes y riberas.

Ni mira el gerifalte

## ESCENA III

*Magnífico salón adornado fantásticamente de mármoles, bronce y ricos cortinajes. LISARDO y ZORA, que iban á salir, retroceden admirados al medio de la escena.*

LISARD. (*Sorprendido.*)

¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿deliro?  
¡A mi afán sobrepuja cuanto miro!

*Salen por un lado cuatro pajes ricamente vestidos, y en azafates de plata traen magníficas ropas para Lisardo. Al mismo tiempo, por el lado opuesto salen cuatro damas, con iguales azafates, con vestidos y joyas para Zora. A cada lado se alzan del suelo dos caprichosos tocadores con espejos de metal, y delante de uno vistien los pajes á Lisardo, y las damas á Zora delante del otro; retirándose unos y otros respetuosamente por el mismo sitio por donde salieron, y desaparecen los tocadores. Zora queda como indiferente á todo en el puesto en que la vistieron. Y Lisardo, despues de examinarla á sí mismo, con gran complacencia, vuelve los ojos á Zora y corre á abrazarla transportado de alegría.*

LISARD. ¡Qué hermosa estás así!  
¡Qué bien adornan tu lozana frente  
el oro y el rubí  
con la cándida perla del Oriente!  
¡Oh, cuán gallarda estás  
de seda con la ropa rozagante!  
¡Y cuánto luce más  
la nieve de tu seno palpitante!

(*La abraza.*)

Abrázame, mi amor.  
Nada iguala las dichas que hoy poseo.  
Mi ventura es mayor  
que cuanto ambicionaba mi deseo.

ZORA. (*Con tierna sencillez.*)

Yo como en el verjel  
soy en este palacio venturosa,  
pues aquí como en él  
logro llamarme tu querida esposa.

LISARD. (*Despues de abrazarla cariñosamente, y reconociendo dudoso el salón.*)

¿Dónde, Zora, estarán  
los tesoros inmensos y riqueza,  
que fundamento dan  
á tanta pompa y sin igual grandeza?...

*Salen Natalio, viejo, ricamente vestido, con una pèrtiga de plata en la mano, y detrás de él, de dos en dos y en buen órden, armenios, persas, indostaneses, árabes, chinos, etíopes, moscovitas, dálmatas y otras figuras fantásticas, que en cofres de oro, en sacos de púrpura, en caprichosas angarillas y palanquines, en grandes bateas, en primorosos pebeteros, y en las manos y en los hombros, traen las diferentes riquezas que se enumeran en la relación siguiente. Al mismo tiempo salen y se alzan del tablado, en el fondo, elegantes aparadores, donde se vayan colocando con vistoso órden y aparato todos aquellos objetos.*

NATAL. (*Saludando con gravedad y respeto á Lisardo y Zora.*)

Esclarecido Lisardo,

ave pintada, que veloz esmalte  
las leves nubes que ornan el espacio.  
Si os parece, Lisardo generoso,  
vamos á tu magnífico palacio  
á disfrutar de plácido reposo:  
que no ha sido perdida la mañana,  
pues caza habemos hecho  
que debe de dejarte satisfecho,  
y de ella nuestra gente estar ufana.

FINEO. Es, amigo Lisardo,  
tan rica y abundante,  
que excede á lo que pinta Clorinaro.  
(*Señalando al lado por donde salieron.*)  
Ahí la tienes delante.

A examinarla ven, pues imagino  
que quedará saciado tu deseo,  
rindiendo por trofeo  
al encanto divino  
de tu adorada esposa,  
que es de tu pecho y de estos valles diosa,  
tanta fiera postrada,  
ya por nuestros venablos humillada,  
ya por los fieles perros  
que atruenan con ladridos estos cerros.  
Tanta garza real y aves tan raras,  
á que cortara el vuelo  
ó la acerada punta de las jaras,  
ó el neblí volador allí en el cielo.  
Ni un solo tiro ha errado Clorinaro.  
Ven á verlo por tí, noble Lisardo.

CLORIN. Dí mejor que la caza de este día  
se debe á tu destreza y valentía,  
generoso Fineo.

LISARD. (*Acercándose con Zora al bastidor y manifestando gozosa admiración.*)

¡Ah!... Sí, amigos, ya veo,  
con admirados ojos,  
rendidos á mis piés tantos despojos.  
¡Qué feroces y rudos jabalíes!  
¡Qué cervales rodados!  
¡Cuántos ligeros corzos y venados!  
Muy bien han trabajado los neblíes,  
según la inmensa suma  
de aves gallardas de brillante pluma,  
que llenan de placer la vista mía.  
¡Ay, mi Zora adorada!

ZORA. (*Con sencillez.*)

A mí sólo me encanta tu alegría.

LISARD. (*Con ternura.*)

Y á mí tu amor. (*Impaciente.*)

Pero al palacio vamos,  
y ni un momento más nos detengamos.  
(*Vanse Clorinaro, Fineo, los cazadores y villanos, y al ir á salir Lisardo y Zora cambia la decoración.*)

señor á quien reverencian  
por su dueño estos contornos,  
por su amparo estas aldeas.  
Yo, intendente de tu casa  
y colector de tus rentas,  
te presento el rendimiento,  
que ofrecen lejanas tierras  
á tus plantas en tributo,  
pábulo de tu opulencia.

(*Van pasando las comparsas presentando lo que traen y haciendo profunda reverencia.*)

El monte Ofir granos de oro,  
el mar de Oriente sus perlas,  
sus pedrerías Golconda,  
sus ricos tejidos Persia,  
sus perfumes el Arabia,  
China matizada seda,  
Libia sus rizadas plumas,  
vistosas pieles Siberia,  
marfil Orisa, Sidonia  
púrpura, cristal Venecia,  
y cuanto el arte produce,  
modifica y hermosea.

Todo esto, señor, es tuyo;  
feliz disfrútalo, y sean  
eternidades los años  
que goces tantas riquezas,  
en los brazos de tu esposa,  
y en la quietud de esta tierra.

*Despues que los comparsas dejan acomodado todo en los aparadores, se forman en ala en el fondo de la escena, y Natalio, haciendo una profunda reverencia á Lisardo, les hace señal con la pèrtiga de plata, y vanse de dos en dos detrás de él. Lisardo recorre atónito los aparadores, como embriagado de tanta riqueza, y se dirige despues á Zora, que habrá conservado su sencilla indiferencia.*

LISARD. Bella Zora, mi bien, ¡qué alta ventura  
es para mí ofrecer hoy á tus plantas  
la inmensa suma de riquezas tantas,  
como debido obsequio á tu hermosura!

Con tal tesoro y con tan linda esposa,  
¿qué más puede anhelar el ansia mía?  
Mas allá no es posible en la alegría  
que en mi saciado corazón rebosa.

¿No estás contenta?... dí.

ZORA. Siempre á tu lado,  
si me quieres, Lisardo, estoy contenta.

Es mi dicha tu amor, ora opulenta,  
ora indigente: como plazca al hado.

LISARD. (*Abrazando á Zora.*)

Me enajena el placer, Zora querida.  
Más dicha apetecer fuera demencia,  
que en tus brazos gozar y en la opulencia  
el breve curso de la humana vida.

¡Ah! venga á contemplar tanta ventura  
el mundo todo, y su deidad te aclame.  
Venga; y el hombre más feliz me llame  
por dueño de tu amor y tu hermosura.  
(*Salen Fineo y Clorinaro con cuatro caballeros de los que salieron de cazadores, y todos vestidos de gala.*)

FINEO. (*Muy rendido.*)

Ya que estareis descansados,  
¡oh Lisardo, oh linda Zora!  
á obsequiaros y á serviros  
nuestra amistad fina torna.

CLORIN. Y á contemplar, si permites,  
estas riquezas, que adornan  
tu magnífico palacio,  
y tu ventura coronan.

(*Se acerca á los aparadores con los cuatro caballeros.*)

LISARD. (*Obsequioso.*)

Seais entrambos bien venidos  
á ver cuánto es venturosa  
mi suerte, y cómo los cielos  
hoy de sus dones me colman.

FINEO. (*Acercándose muy rendido á Zora.*)

¡Oh qué bella resplandece  
vuestra noble faz, señora,  
sol que ilumina las almas  
de cuantos miraros gozan!

ZORA. (*Con sencilla indiferencia.*)

Siempre galante, Fineo,  
sois en palabras y en obras.

LISARD. Pero hoy la verdad te dice;  
que eres un prodigio, Zora.

CLORIN. (*Repasando con ávidos ojos las riquezas.*)

Ved, amigos, qué portento  
de tesoros se amontona  
en estos aparadores.  
¡Dichoso quien tanto logra!

*Clorinaro y los caballeros hablando entre sí, lo mismo que Fineo y Zora: aquel con vehemencia, y esta sosegada. Y Lisardo, que se habia mostrado muy complacido, queda trastornado oyendo sonar bajo el tablado como siempre la*

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Es acechada  
la belleza.  
Es codiciada  
la riqueza.

FINEO. De cuantos ricos tesoros,  
de cuantas soberbias joyas  
en su espacioso recinto  
este alcázar atesora,  
es el más resplandeciente,  
es la más encantadora.  
el de la belleza suma